

Memorias del agua



*Felipe Gómez**

felipbg@gmail.com

"Imaginemos a Kennedy hace cinco mil años con una extensa ciénaga y en invierno una laguna, circundada aquí y allá de bohíos de madera en los cuales habita una población que usa instrumentos de piedra para golpear, mantarrayas para pescar con plomadas de piedra, martillos de piedra, golpeadores y raspadores del mismo material".

Alfonso Jaramillo Palacio

Hijos de las estrellas: Historia de Ciudad Kennedy

En Cundinamarca, la tierra del cóndor, las nubes duermen en el suelo. Por eso cuando amanece en el humedal El Burro apenas puede distinguirse una silueta a cinco metros, y la madrugada sorprende al vapor que se eleva con los minutos como una paloma que fuese espantada por los transeúntes. Los niños que viajan al colegio campesbre, al otro lado de la ciudad, encuentran que respirar a esas horas es como fumar el frío de la mañana, y aprovechan para distraer el sueño y la tristeza de haber dejado las cobijas. Los porteros y las empleadas están hace rato ya montados en los buses e intuyen el lugar exacto en que deben despertarse para llegar a tiempo al relevo o a preparar el desayuno del patrón.

Tomo mi nave, mi bicicleta, aún no amanece pero quiero ver las aves del humedal El Burro. Despierto a Don Aurelio, el portero del edificio, que se asusta antes de reconocerme, me abre la puerta y vuelo por entre la nube que aún descansa sobre el pavimento. La ciclorruta rodea el humedal. A su alrededor levantan la vista jóvenes edificios, obra de dudosos y escurridizos arquitectos. El límite es una malla y bordeando la malla la ciclorruta se extiende interminable. Antes del pavimento, estaba allí la zona de ronda, o sea la zona seca pero inundable, un espacio necesario para controlar las crecientes de la cuenca del río Fucha. Ahora, la ciclorruta es el límite máximo de los constructores. Sigo por la vía y aún tengo mucho tiempo antes del amanecer; esta vez no hay pájaros distraídos que canten a deshoras,

» * Escritor, trabajador. Taller El Tintal.

entonces me arriesgo a seguir por allí porque quiero averiguar hasta dónde llega este camino.

Desde la penúltima curva de la vía, reconozco la Biblioteca Pública El Tintal, con su rampa nueva de ladrillo por la que hace ya varios años subían los camiones de la EDIS a descargar la basura para compactarla y echarla en las orillas del espejo de agua, pues en los años ochenta se les antojó aquí un basurero.

Pasando el puente de la avenida Ciudad de Cali llego al canal Castilla y sigo por el mismo hasta que, luego de muchas urbanizaciones, estoy en la sabana, y aún hay ciclorruta. Paso por un puente sobre un río maloliente, y desemboco mucho más allá de varias fincas, en la calle 13. El recorrido es tan largo que ya hace rato amaneció, y en el regreso tardo más de una hora.

Sin embargo, las aves me esperaron. Hay muchas, no sé por qué, ya hace rato debieron haberse ido, pero me esperaron para darme una lección de armonía, encuentro copetones que se disputan las lombrices con las maría mulatas, chorlos, monjitas y tingüas. Un águila de páramo se encuentra en las alturas y se abalanza sobre lo que debe ser una rata para luego elevarse y conseguir refugio en un pino inmenso. Las maría mulatas se quejan de mi presencia cuando empiezo a adentrarme en las cercanías del espejo de agua. Entonces entiendo lo que Alejandro Torres, de la fundación ASINUS, no se cansa de repetir: las aguas residuales del barrio Castilla se derraman con descaro en el humedal, que ha visto cortada su fuente natural y su desagüe, sin contar con la fractura en dos que le propina la avenida Ciudad de Cali, ni con las basuras que ya en el fondo desde los años ochenta, han acumulado suficiente energía para dejar escapar tres chimeneas de gas metano. Alejandro no se reserva el pronóstico: una bomba de tiempo.

Pero los caminos del Humedal El Burro, así como de La Vaca —detrás de Abastos— y Techo, empiezan varios siglos atrás. Hace millones de años lo que hoy llamamos Bogotá se encontraba en las profundidades del océano; el rápido levantamiento del suelo y los bosques de páramo, hicieron de esta región una suerte de laguna o mar interno, que según el relato muisca recuperado en las crónicas de varios conquistadores, se extendía sobre toda la sabana dejando apenas como islotes los cerros orientales y el de Suba, pero entonces Bochita, para salvar al pueblo muisca del naufragio, el frío y el hambre, abrió un tan alto y descomunal, que todavía en el siglo XIX, cuando Alexander von Humboldt vio el Salto del Tequendama, escribió de él que *"tal vez no exista en el mundo una cascada que, como ésta, concentre tal cantidad de agua a una altura tan considerable"*. Y en ese entonces era tan gruesa que el fragor de la caída apenas permitía la conversación.

◇ El Quijote de los humedales

De modo que Bogotá era una gran laguna, como también lo fue Ciudad de México. Y esta gran laguna que tenía su desagüe a la altura del Salto del Tequendama, y que inundaba y hacía cultivables los terrenos de Hunza, Facatativá, Fontibón y Soacha, tomaba su alimen-

to del río Bogotá, cuyo caudal cubría de pantanos y humedales la localidad de Kennedy. Pero ahora sabemos que de esta gran laguna, de la que a mitad del siglo XX aún quedaban 50.000 hectáreas, hoy sólo tenemos 650, repartidas en 13 humedales. Alejandro lo pregonó alarmado, como quien viera a los jinetes del Apocalipsis asomarse por el cerro de Monserrate, y agrega que ha trabajado más de diez años en una batalla contra el desastre en Bogotá, “que tiene los humedales más impactados de Colombia, y en Kennedy, la localidad con los humedales más impactados de Bogotá”, de modo que Alejandro, él sí un Quijote, batalla por los humedales moribundos del país, pero lo hace con una energía tan contagiosa que uno no acaba de atenderlo cuando ya se percata de sí mismo sembrando árboles, recogiendo basuras, amarrándose a los árboles para que no los corten, esquivando la puntería de los “traquetos”, peleando con alcaldes locales y vecinos, espantando las vacas que emergen por generación espontánea y quejándose sin descanso contra las constructoras, que no hallan como llenar para atender con prontitud el déficit habitacional de 70.000 viviendas que tiene la ciudad, mi ciudad, que crece con cada nuevo desplazado que llega reclamando un semáforo para vivir.

El humedal es un abuelo, un celestino de historias anónimas, de encuentros furtivos de amor de páramo, que se camufla entre el follaje del bosque, entre los cientos de árboles que Alejandro Torres ha logrado sembrar. Alejo repite su conferencia, pregonó con orgullo su identidad muisca, contagia su entusiasmo, explica con la agudeza de un experto cada problema del ecosistema, cada especie de ave, mamífero, reptil o anfibio, hace apuntes minuciosos del significado de cada vocablo, del origen desconocido de nuestro mundo. Entonces me explica que *chúcaro* es “hombre recio” en chibcha, y *Guaricha*, “mujer virgen”. Ya mí se me vienen a la memoria los desnutridos policías que vigilan la ciclorruta y el puente del Tintal; y las mujeres desprovistas de todo asombro que serpentean la noche en la Primero de Mayo.

Alejandro dirige grupos de adultos, jóvenes y niños por los caminos del humedal, nos muestra los problemas y los ejemplos de supervivencia, los lugares donde ha observado las aves, las vacas que aplanan el pequeño bosque de pinos, las tres chimeneas de gas, los lugares donde ha encontrado a la *atracctus crassicaudatus* o culebra sabanera, y no se cansa de invocar en su latín característico, como si fuese un rezo, las muchas especies de plantas y aves: *gallinula chloropus*, *Anas discors*, *gallinago nobilis*, *Tringa solitaria*, *Juncos effusus*...

◇ La tumba de Bruno

Caminando por el humedal, a pocos metros de la salida, me encuentro con la tumba de Bruno. Hay flores en ella y unas tablas bien cortadas me previenen del lugar exacto de su lote, y del amor de su dueño. Bruno y Nicolás alguna vez jugaron allí; Bruno no era de esos perros que se almuerzan las aves que aún encuentran paz entre los bosques. Bruno apenas las perseguía y las molestaba, pero eso sí, las molestaba; ahora se habla de perros salvajes en otros humedales como en La Conejera, donde la manada bajo el mando de un

can dominante, practica rituales de cacería al mejor estilo de *Animal Planet*. Nicolás me cuenta que solía jugar con Bruno en el humedal, pero que odiaba cuando se lanzaba al agua y luego apesataba. Nicolás extraña a Bruno, visita su tumba cada semana y a sus cortos once años ya tiene una huella de los pasos de la muerte. Aún así le queda ternura y ha decidido adoptar el árbol que crece al lado de la tumba de su perro.

Mientras tanto, Bogotá es un platelminto que se derrama hacia el occidente y se trepa a los cerros hacia el oriente. Es así como Richard, el Mefistófeles de esta historia, me habla de las calles de la ciudad. Richard está consumido por la droga. Richard me ha dicho que fue al humedal a fumar, pero que lo espantó el frío, ni siquiera los policías, ni los porteros; me cuenta que las señoritas ricas de Castilla le dan buenas propinas por cargar el mercado. Richard se ha caminado toda la Ciudad de Kennedy y asegura saber en donde encontrar comida todos los días y a todas horas. Me habla de Abastos, de "la pecha", como él la llama, me pide quinientos pesos y yo se los doy, no sé si para que esté tranquilo o para que me siga contando historias sobre dónde pasar la noche, o cómo rumbear en la Primero de Mayo con apenas el alcohol de droguería y un frutín, su cóctel explosivo. Lo invito al humedal a que me cuente historias de los otros "ñeros" y entonces, con su humor de agonía se hace sarcástico: "*Ni que estuviera drogo*", me responde.

Richard me cuenta que los 'ñeros' van a dormir al humedal, a la zona que colinda con la avenida Ciudad de Cali. Allí puede observarse de día una chimenea de gas metano, que aunque tóxica, aminora el pavor del frío y les proporciona un abrigo traidor que en cualquier momento puede causar una tragedia, otra tragedia anónima. Le he expresado mis preocupaciones a Richard. Pero las mías no se comparan con las suyas, mi mundo, justo al lado suyo, no es tan salvaje, pero entre la charla de buen conversador me permite contarme mis pesadillas.

◇ Visión futurista

Bogotá, D.C. Año 2040. Amanece la ciudad con una temperatura extrema. Lo que en un tiempo fue una coyuntura electoral, hoy es una realidad climática irreversible. La madruga da evapora el granizo que no paró de caer toda la noche, a medio día las temperaturas son tan altas que la gente prefiere no salir a las calles y los negocios se cierran desde el medio día hasta las dos de la tarde. Las enfermedades de la piel son una de las principales causas de muerte. La ciudad ha devorado los municipios más cercanos y ha obligado a recortar el servicio de agua. Las lluvias desbordan los caños que antaño eran hilos de aguas negras y la fetidez de la urbe es insoportable. Un hombre abre la llave y ésta se queja en un aullido de resequedad, al mirar por su ventana el barrio naufraga en la peor inundación de su historia. La Empresa de Acueducto está al borde de la quiebra, luego de su privatización ha desprotegido los bosques de páramo que surten las represas, estos ahora se encuentran militarizados y se piensa en el agua como el principal producto de exportación del país, después de que el café y la amapola sufrieran las consecuencias del mayor cambio climático

de la historia del planeta. A veces la lluvia inunda la mayor parte de la ciudad que sufre con cada rugido de las nubes, lo que ha obligado a poblar los cerros, y a veces las sequías son tan largas que el racionamiento de agua se planea por meses.

Richard, con sus 28 años, me mira con los ojos entornados pero encendidos, sale desde su inframundo para extenderme una cajetilla con gran variedad de cigarrillos y apenas me pregunta: “*¿Usted cuál es que fuma?*”

Alejandro ya conoce a los vecinos y hasta los ‘ñeros’ de varios humedales, me cuenta que trabajar con la comunidad ha sido el proceso más largo, pero en realidad el único que le ha dejado satisfacciones duraderas. “*La cuestión no es sembrar árboles y hacer campañas de recolección de basuras y listo, es mucho, imuchísimo más complejo!*”. Entonces aprovecho para meter el dedo en la llaga mientras regresamos a la biblioteca. He leído una crónica escrita por Alejandro en la que cuenta cómo un anciano le enseñó por primera vez la gran historia del humedal, un encuentro que sin lugar a dudas lo marcó para siempre: “*¿Qué pasó con Héctor?*” Le pregunto. Entonces su mirada se hace lejana y en la orilla de sus 26 años lo asalta la nostalgia cuando me cuenta que el viejo está muy enfermo; entonces adivino que su mirada también se acuerda de la nieta del anciano periodista. Humedal celestino.

La tarde se va escondiendo hacia los barrios nuevos. En el puente peatonal unas bicicletas adaptadas como triciclos cubiertos, cargan trabajadores desde la avenida Ciudad de Cali hacia el interior de las urbanizaciones; así es como muchos jóvenes se rebuscan la vida, cargando secretarías y mercados por la ciclorruta hacia el fondo. Un color naranja se toma el horizonte, la luna no se ha esperado hasta el arribo de la oscuridad y se asoma tímida a espiar al sol que se esconde. El humedal resiste el peso de otro día y las aves todavía no llegan a descansar. Regreso por el camino del humedal hacia el Condado de Castilla en donde pululan los nombres reales: Condado de Castilla, Santa Cruz del Rey, Herrería del Duque, Alcázar de San Juan...

Kennedy ha sobrevivido a su suerte y ahora vivimos en él más de un millón de habitantes y hacemos el ruido suficiente para encoger poco a poco los bordes del agua escasa del humedal. Encuentro el rincón de silencio donde las ranas salen a cantar y la ciudad parece aullar como una fiera herida, entonces recuerdo una frase de algún poema de Oliverio Girondo: “*El ruido de los automóviles, destiñe las hojas de los árboles...*”

Por suerte las últimas noticias no son tan sombrías. El 28 de mayo pasado la contraloría de Bogotá publicó un documento que titula en voz de alarma y con negrilla: “EN LOS ÚLTIMOS 50 AÑOS BOGOTÁ HA PERDIDO 59.000 HECTÁREAS DE HUMEDALES” y pregunta con timidez el lanzamiento de su campaña “SIEMBRA UN HUMEDAL EN TU CORAZÓN”. Yo me pregunto a quién se le habrá ocurrido el nombre de la campaña, pero no importa, ojalá quienes se le midan a echar raíces de humedal en el corazón, se dejen invadir la sangre de memoria, y se acuerden, como Alejandro, de que las mujeres muiscas cuando iban a parir, buscaban un pozo pequeño a la altura de un río de páramo donde el frío, a

veces incluso con trozos de hielo, adormecía sus piernas disminuyendo el dolor, y el agua facilitaba el parto. Hoy las mujeres ricas tienen los hijos en piscinas de hospitales privados.

Los humedales son ecosistemas de gran valor natural y cultural. Como los muiscas, deberíamos volver a ser una sociedad en torno al agua; el agua, ese elemento indispensable y abundante en nuestros suelos, con esa misma abundancia maldita que nos ha signado el hado desde el principio de los tiempos. Las sociedades del futuro, se juzgarán sin piedad por el uso que sus antepasados le dieron al agua. Pero reflexionar un poco en medio de tanto marasmo y afán, se nos antoja impertinente, es por eso que esos sueños ingenuos de hoy se parecen tanto a las terribles pesadillas del mañana.